

LOCKE: EMPIRISMO, CERTEZA, FE CRISTIANA

Patricio Oyaneder Jara

RESUMEN

En la búsqueda de establecer con precisión el origen y alcance del conocimiento humano, Locke concluye que se puede estar plenamente cierto de algunas cosas y *probablemente* cierto de muchísimas más. Aun siendo limitado, el conocimiento que de la realidad se puede tener es suficiente para conducir bien la vida, más aún cuando para estos efectos se cuenta con el auxilio, en último término, de la Revelación, bien que afirmar esto excede los límites empíricos del origen del conocimiento.

Palabras claves: empirismo, certeza, fe cristiana.

ABSTRACT

In his pursuit to precisely determine the origin and significance of human knowledge, Locke concludes that we can be fully certain of some things and *probably* certain of lots more. Though limited, the knowledge we may have of reality is enough to satisfactorily guide our lives, even more when for these purposes we have the help of Revelation, as a last resort, though stating this exceeds the empirical boundaries of the origins of knowledge.

Key words: empiricism, certainty, Christian faith.

Recibido: 10.09.07

Aceptado: 24.10.07

Cuando en la Europa continental la herencia cartesiana, impregnando el quehacer intelectual, conduce a algunos hacia el extremo del ocasionalismo, entre los pensadores británicos se produce la reacción del empirismo. Entre estos, Locke.

En su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke ataca el innatismo, negando que existan en la mente humana principios innatos (primeros principios) tanto especulativos como prácticos. Toda presencia mental (toda *idea*) tiene, entonces, otro origen y éste es la experiencia sensible: el entendimiento comienza a tener ideas justamente en el tiempo en que llega a recibir sensaciones¹, antes, es como una hoja de papel en blanco.

La experiencia, a su vez, se bifurca en externa (las sensaciones propiamente dichas²) e interna (o reflexión: instancia en la cual el espíritu percibe sus propias afecciones³); de estas instancias provienen las ideas, las que pueden ser clasificadas como *simples* (si provienen de las cualidades de las cosas) o *complejas* (si provienen de ideas simples que se *combinan*, o de ideas simples, o complejas, o complejas y simples que se *yuxtaponen*, o de ideas que se *separan* de toda otra que las acompaña en su existencia real -lo que es, para Locke, la abstracción-). Las ideas complejas, a su vez, pueden revestir la forma de *modos*, *substancias* o *relaciones*. Son modos, aquellas ideas que no se supone existan por sí

¹ Locke, John, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, (II, I, 23); para este trabajo he consultado la versión en inglés del *An Essay Concerning Human Understanding*, en:

<http://www.epistemelinks.com/Main/TextName.asp?Philcode=Lock>
contrastándola con la traducción de Edmundo O’Gorman, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

² Id., II, I, 3.

³ II, I, 4.

mismas, sino como afecciones de sustancias: así sucede con las ideas complejas de *gratitud* o de *asesinato*⁴. Son sustancias, las que se consideran que representan distintas cosas particulares que subsisten por sí mismas⁵. Y son relaciones las que resultan de los nexos que se establecen entre ideas, como por ejemplo, la idea de *padre*, que remite a *hijo*⁶.

En la base de todo, como se aprecia, están las ideas simples. Éstas, que son un contenido de conciencia producto de la experiencia sensible, provienen a su vez de las cualidades de las cosas: “lo que la mente percibe en sí misma [...], llámolo «idea»; el poder para producir ideas en la mente, «cualidad»”⁷.

Ahora bien, las cualidades las estratifica Locke en tres niveles: *cualidades primarias*, que son inseparables del cuerpo en cualquier estado en que se encuentre. Así solidez, extensión, figura, movimiento o reposo, número, son cualidades primarias que se encuentran en el cuerpo aunque sufra alteraciones: por ejemplo, si un grano de trigo es dividido, sus partes conservan solidez, extensión, figura, etc. De estas cualidades derivan las ideas simples correspondientes⁸. Nótese que se trata aquí de un poder en las cosas para producir ideas en nosotros⁹, poder que emana de una cualidad que permanece en la cosa y del cual adquirimos una patencia

⁴ II, XII, 3; hay modos simples (variaciones de una idea sin mezcla con otra, como la idea de docena, que es la adición de lo mismo cierto número de veces) y mixtos, en los que se unen diversas ideas (así la de belleza: *cierta composición de color y figura que causa deleite en quien la recibe*), (II, XII, 5).

⁵ II, XII, 6; hay ideas de sustancias simples *-un hombre-* o colectivas *-un ejército-* (II, XII, 6).

⁶ II, XII, 7; II, XXV, 8.

⁷ II, VIII, 8.

⁸ II, VIII, 9.

⁹ Es un impulso físico -partículas casi imperceptibles- que pone en movimiento algo continuado en nuestros nervios o en los espíritus animales, hasta el cerebro o el asiento de la sensación, para producir en la mente la idea particular (II, VIII, 12).

en nuestra mente. Las *cualidades secundarias*, a su vez, no son verdaderamente cosa alguna en los objetos en sí mismos, excepto el poder de producir sensaciones en nosotros gracias a las cualidades primarias, así, por ejemplo, colores, sonidos, sabores, son producto de estas cualidades secundarias¹⁰. Las ideas que obtenemos de éstas las atribuimos a las cosas como pertenecientes a ellas, pero eso es una asignación errónea: los colores, los sonidos, los sabores son en nosotros aquellas ideas y no en las cosas mismas, en cuyos cuerpos sólo hay volumen, figura, extensión; así, pues, mientras las ideas provocadas por las cualidades primarias son semejanza de los cuerpos, las provocadas por las cualidades secundarias, no¹¹. El fuego, a cierta distancia, nos produce la sensación de calor (que puede ser placentera); a una distancia menor, nos produce dolor: ¿por qué diremos que el calor está en el fuego y el dolor no?¹²; ni el uno ni el otro están en él, sino en nosotros, como efecto de las operaciones de lo primario de los cuerpos que nos afectan. Las *cualidades terciarias*, finalmente, son una especie de variante semántica de las secundarias y corresponden también a un poder de los cuerpos para producir cambio en otros cuerpos, de volumen, forma, movimiento¹³.

De este modo, entonces, las ideas que tenemos en nuestra mente no se adecuan, necesariamente, a un eventual correlato objetivo; es más, muchas de las ideas que tenemos sobre las cosas son más bien producto de nuestro modo de elaborar ideas complejas, como sucede, por ejemplo, en el caso de las ideas complejas de sustancias, que son el resultado de la combinación de ideas simples que se toman como representantes de cosas particulares subsistentes por sí mismas; allí se suma la idea de

¹⁰ II, VIII, 10.

¹¹ II, VIII, 15.

¹² II, VIII, 16.

¹³ Como el fuego, por ejemplo, puede producir un cambio de volumen.

substancia (aquella de lo que es por sí mismo) -como tal, *confusa y supuesta*- con la de algunos atributos y se obtiene la idea de algún ente independiente: de este modo, la idea de un cierto tipo de figura, unida a la del poder de movimiento, pensamiento y razonamiento, a las que se suma la de substancia, nos da la idea de hombre¹⁴. Las ideas más abstrusas que tenemos surgen de modo similar¹⁵.

En todo caso, el conocimiento es definido por Locke como *la percepción de la conexión y acuerdo, o del desacuerdo y repugnancia* entre nuestras ideas¹⁶. Este acuerdo o desacuerdo puede darse de cuatro formas diversas: a) por *identidad o diversidad*, que es lo primero que salta a la mente, sin mayor esfuerzo, cuando se entiende que una idea es tal y no otra: que la de cuadrado no es la de lo redondo, por ejemplo; b) por *relación*, cuando una idea nos remite a otra, y esto es lo que hace posible que el conocimiento avance; c) por *coexistencia o conexión necesaria*, ocasión en que se puede apreciar acuerdo o desacuerdo entre ideas referidas a un sujeto (puesto que esta forma pertenece particularmente a las ideas de substancia) y consiste en que una idea es representada siempre acompañada de otras: conocemos lo que es el oro cuando nos lo representamos como un conjunto de cualidades (fijo -esto es, que no se consume con el fuego-, amarillo, con un cierto peso, fusible, maleable, soluble en agua regia ...); d) cuando se entiende que la idea representa una *existencia real*¹⁷. Así, todo lo que podemos saber respecto de nuestras ideas es que lo son de esto y no de lo otro (*lo azul no es amarillo*); que tiene, o no, tal o cual relación con otra idea (*dos triángulos sobre bases iguales entre dos paralelas, son iguales*); que coexisten o no

¹⁴ II, XII, 6.

¹⁵ II, XII, 8.

¹⁶ IV, I, 2.

¹⁷ IV, I, 3-7.

con otras ideas (*el hierro es susceptible de ser magnetizado*); o que lo representado tiene o no existencia real (*Dios existe*)¹⁸.

El conocimiento así formado, admite tres grados de intensidad¹⁹:

a) el de lo intuitivo, cuando *la mente percibe el acuerdo o desacuerdo entre ideas inmediatamente por ellas mismas, sin intervención de ninguna otra*; b) el de lo demostrativo (o razonamiento), cuando la mente requiere de una o más ideas para relacionar aquellas que busca ver si concuerdan o no²⁰; y c) el de lo sensitivo, que es la percepción de la mente de la existencia de cosas finitas fuera de nosotros, la cual se basa en el grado de conciencia que tenemos de la formación²¹ de esas ideas en nosotros²².

Siendo el conocimiento la percepción de acuerdo o desacuerdo entre nuestras ideas, no puede entonces ir más allá de éstas, e incluso su extensión es menor que ellas, pues hay muchas que simplemente no podemos relacionar²³, y otras que adquirimos imperfectamente; además, es dable pensar que hay cosas de las cuales jamás tendremos idea (por su lejanía, por su pequeñez, etc.²⁴).

¹⁸ IV, I, 7; el conocimiento, además, puede ser *actual -la presente visión que la mente tiene del acuerdo o desacuerdo de nuestras ideas-, o habitual -el que, una vez establecido, queda en la memoria (IV, I, 8)-* y éste admite dos grados: el primero, aquel en el cual, al presentarse en la memoria, se representa la relación entre las ideas, y un segundo grado, en el cual se tiene el recuerdo del convencimiento respecto de algo, pero no el de las pruebas de aquello, como sucede cuando alguien recuerda que la suma de los ángulos internos de un triángulo equivale a dos rectos, y está cierto de aquello, pero no puede, ahora, demostrarlo (IV, I, 9).

¹⁹ De claridad: *clearness* (IV, II, 1).

²⁰ IV, II, 1-2.

²¹ De la entrada (*entrance*) de esas ideas en nosotros.

²² Id., 14.

²³ Tenemos las ideas de materia y pensamiento, pero no podemos saber si Dios ha dado a ciertos sistemas materiales -lo que no es contradictorio- el poder de pensar, por ejemplo (IV, III, 6).

²⁴ Id., 23.

Así, no teniendo ideas de las particulares afecciones mecánicas de las diminutas partes de los cuerpos que están dentro de nuestra vista y alcance, somos ignorantes de sus constituciones, poderes y operaciones, y de los cuerpos más remotos somos aún más ignorantes; no tenemos ciencia de ellos, y mucho menos ciencia de espíritus incorpóreos²⁵.

Pero entonces, ¿podemos tener certeza de algún conocimiento? Es decir, ¿podemos tener certeza de que un particular acuerdo o desacuerdo entre ideas se corresponde con algo que es así en las cosas mismas? Según Locke, sí²⁶.

En primer lugar, respecto de las ideas simples: todas ellas son conformes con las cosas de las cuales provienen, puesto que surgen en nuestra mente de un modo natural, y producen allí esas percepciones que *"por la Sabiduría y Voluntad de nuestro Creador se adaptan y ordenan a ellas"*²⁷. Por eso podemos situarnos en la realidad y aprovecharla; es un conocimiento real²⁸.

En cuanto a las ideas complejas, son sus propios arquetipos, productos de la mente, sin pretensión de ser copias de nada -excepto en el caso de la idea de substancia- y por lo tanto no requieren de concordancia con algo más allá de ellas, aun cuando con ellas podemos

²⁵ Id., 26, 27.

²⁶ IV, IV, 3.

²⁷ IV, IV, 4.

²⁸ No sólo en relación con las cualidades primarias, sino también con las secundarias: la idea de blancura, o de lo amargo, tal como está en la mente, responde exactamente al poder que tiene algún cuerpo de producirlas allí (IV, IV, 4).

ordenar la realidad²⁹. De ellas se puede estar cierto³⁰. En lo referente a las de substancias, *siendo supuestas copias*, pueden ser tomadas como correspondientes a algo que es así (o casi así), pues se forman de ideas simples tales que nuestra experiencia ha establecido corresponden a elementos coexistentes en la naturaleza, y así, aunque no sepamos cuál es la real constitución de las substancias en lo que de nuestras ideas depende, ni por qué en ellas unas ideas siempre se unen a otras, ni por qué otras se excluyen, y por lo tanto no sabemos si son o no de naturaleza consistente más allá de lo que la experiencia y la observación sensible alcanzan. Pese a todo -afirma Locke- aunque no sean copias muy exactas, brindan un conocimiento real³¹: hay algo más en nuestra mente luego de la unión de ideas simples originarias, en estos casos³².

Con todo, algunas afirmaciones ciertas pueden ser hechas a partir de nuestras ideas, de acuerdo a la claridad que estas tienen en nosotros: así, podemos afirmar nuestra propia existencia, por intuición; la de Dios,

²⁹ IV, IV, 5.

³⁰ Como sucede con las ideas matemáticas, y con las ideas morales (IV, IV, 6-9). Por ejemplo, la idea de justicia que tengamos nos permite juzgar sobre acciones justas o injustas y no necesita adecuarse a una "justicia" como entelequia exterior. No obstante, como la moralidad brota de la identificación inicial del bien con lo que procura placer y del mal con lo que proporciona dolor, una instancia objetiva de norma moral nos es dada, finalmente, por la Revelación -*la única piedra de toque de la rectitud moral*- (II, XXVIII, 8). Dice Locke: *las leyes a las cuales refieren generalmente los hombres sus acciones para juzgar de su ser rectas o torcidas [son] 1) la ley divina, 2) la ley civil y 3) la ley de la opinión o de la reputación* (II, XXII, 7) y de éstas, es la comparación con la ley divina la que permite a los hombres juzgar acerca del *mayor bien moral o del mayor mal moral que encierran* sus actos (id., 8).

³¹ IV, IV, 12.

³² Es posible distinguir, en todo caso, entre ideas reales de substancias e ideas fantásticas de substancias: estas últimas están formadas por ideas simples que nunca encontramos unidas en nuestra experiencia sensible, como la de centauro, por ejemplo (II, XXX, 5).

por demostración; y la de las cosas materiales, por sensación³³. Aparte de ello, y en lo que concierne a las esencias, nuestro conocimiento se torna estrecho e incierto:

siendo nuestro conocimiento muy estrecho y no teniendo nosotros la felicidad suficiente de encontrar verdad cierta en todo lo que tenemos ocasión de considerar, asentimos, no obstante, a conocimientos que sólo bordean la certeza: de esos, algunos son sólo probables³⁴.

Así, pues, la mente *conoce* cuando *percibe con certeza y está indudablemente satisfecha del acuerdo o desacuerdo de cualesquiera ideas*; cuando ello no ocurre, *juzga*, es decir, *presume* acuerdo o desacuerdo³⁵, en el fondo, emite una opinión respecto de lo probable.

La probabilidad es la apariencia de acuerdo entre ideas basado en pruebas falibles³⁶; en ella la mente es inducida a dar su asentimiento sin poder apreciar los fundamentos de acuerdo o desacuerdo entre ideas. Quien, por ejemplo, afirma que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos, sin poder demostrarlo, sino basándose en lo que

³³ (IV, IX, 2) a) nada puede ser más evidente para nosotros que nuestra propia existencia. Pienso, razono, siento placer o dolor: ¿puede ser algo de esto más evidente para mí que mi propia existencia? Si dudo de todas las otras cosas, la misma duda me hace percibir mi propia existencia [...] (IV, IX, 3); b) Si, entonces, sabemos que existe algún ente real, y que de la nada, nada sale, [*nonentity cannot produce any real being*], es evidente demostración que desde siempre [*from eternity*] algo ha existido [...] (IV, X, 3); algo poderoso, y pensante [puesto que lo más perfecto no puede provenir de los menos perfecto], ya que somos pensantes (IV, X, 4; 1013); c) 1º, las ideas de sensación entran por los sentidos: quien carece de alguno no puede tener las ideas correspondientes; 2º, se me imponen, quíralo o no; 3º, el placer o dolor que acompaña una sensación actual no está presente del mismo modo en su recuerdo; 4º, los sentidos se apoyan mutuamente al dar testimonio de algo: veo el fuego y siento (tacto) calor (IV, XI, 4-7).

³⁴ IV, XV, 2.

³⁵ IV, XIV, 4.

³⁶ IV, XV, 1.

escucha de un geómetra de renombre, lo hace basándose en la probabilidad de tal cosa³⁷. Precisamente, la aceptación de la probabilidad descansa en a) nuestra propia experiencia y b) en el testimonio de los otros (en cuyo caso hay una serie de factores a considerar)³⁸. Esta última fuente es peligrosa, pues entre los hombres abunda más la falsedad y el error, que la verdad y el conocimiento:

y si las opiniones y persuasiones de los otros a los que conocemos y estimamos, son una base de asentimiento, los hombres tienen razón en ser infieles en Japón, Mahometanos en Turquía, Papistas en España, Protestantes en Inglaterra, y Luteranos en Suecia³⁹.

Como sea, la probabilidad nos ayuda a dirigir nuestro asentimiento en materias dudosas⁴⁰.

Como nuestro conocimiento es, según se aprecia, limitado, parte de lo que estimamos verdadero se construye sobre la fe, pero no cualquier proposición debe ser admitida bajo este carácter, ese es precisamente el problema de las sectas religiosas:

encuentro que en toda secta, cuando la razón los puede ayudar, hacen grato uso de ella, y cuando les falla, gritan: ¡es materia de fe, y por sobre la razón!⁴¹

³⁷ Id.

³⁸ IV, XV, 4.

³⁹ IV, XV, 6.

⁴⁰ Establece Locke: 1. *Que somos, por necesidad, ignorantes, y queremos conocimientos de todo tipo, por lo que necesitamos ideas.* 2. *Que somos ignorantes y queremos conocimiento racional, por lo que necesitamos pruebas.* 3. *Que queremos conocimiento cierto y certeza, tanto como necesitamos ideas claras y determinadas.* 4. *Que queremos probabilidad para dirigir nuestro asentimiento en materias en las cuales no tenemos conocimiento propio ni testimonio de otros sobre el que fundar nuestro razonamiento* (IV, XVIII, 1).

⁴¹ IV, XVIII, 2.

Es menester, entonces, precisar sus límites. En primer lugar, todo discurso fideísta debe enmarcarse dentro del contexto experiencial de todo individuo, so pena de transformarse en algo inefable; es decir, toda revelación debe expresarse a través de ideas que ya están en posesión de los hombres por sensación o por reflexión,⁴² para que sea pensable. Algo revelado no puede ser admitido contra la clara evidencia de la razón⁴³; no podemos recibir como verdadero cosa alguna que sea directamente contraria a nuestro conocimiento claro y distinto⁴⁴.

Ninguna proposición puede ser recibida como revelación divina, ni obtener asentimiento por ello, si es contradictoria con nuestro claro conocimiento intuitivo, porque esto sería subvertir los principios y fundamentos de todo conocimiento, evidencia, y asentimiento, y no se dejaría diferencia alguna entre la verdad y la falsedad, ni medida para lo creíble e increíble en el mundo⁴⁵.

Sería alterar todos los principios y fundamentos del conocimiento que Dios mismo nos ha dado⁴⁶. Por lo tanto, en todas las materias de las que tenemos clara evidencia por nuestras ideas, no podemos ser obligados, teniendo la sentencia clara y evidente de la razón, a abandonarlas por la opinión contraria bajo la pretensión de que es materia de fe, la cual no puede tener autoridad contra los simples y claros dictados de la razón⁴⁷.

Este es un punto delicado. Se entiende aquello que Locke señala:

⁴² IV, XVIII, 3.

⁴³ IV, XVIII, 5.

⁴⁴ Id.; por ejemplo, las ideas de un cuerpo y un espacio concuerdan tan claramente, y la mente tiene una percepción tan evidente de su acuerdo, que nunca podría asentir a la proposición que afirmase que el mismo cuerpo está en dos lugares distintos al mismo tiempo, aunque pretendiese tener la autoridad de una revelación divina (IV, XVIII, 5).

⁴⁵ Id.

⁴⁶ Id.

⁴⁷ IV, XVIII, 6.

Dios nos ha hecho con una racionalidad determinada, la cual Dios no violentará con mensajes que no se adapten a esa racionalidad, pues ello equivaldría a dejar al hombre desamparado, sin poder confiar en sus facultades. Pero, ¿qué prevalece: la fe o la razón? Una aproximación puede ser ésta:

aunque toda revelación divina requiere la obediencia de la fe, sin embargo, cada verdad de las Escrituras inspiradas no es de aquellas que por la ley de la fe se requiere que se crea explícitamente para la justificación. Cuáles son aquellas lo hemos visto por lo que nuestro Salvador y sus apóstoles propusieron y exigieron de aquellos que se convirtieron a la fe [...] Pero cualquier otra proposición contenida en las Escrituras, que Dios no ha hecho así parte necesaria de la ley de la fe [...] un hombre puede ignorarla sin arriesgar su salvación [...] ⁴⁸.

La pregunta, entonces, tal vez desaparece: no es que una u otra deban prevalecer, sino que la fe debe ser racional y la razón debe poder encontrar en la fe respuesta a sus inquietudes. No obstante, históricamente, ante la falla de la razón para demostrar a partir de principios evidentes por sí mismos una moralidad puramente racional, Jesucristo la entrega por revelación⁴⁹, por ello, lo que quiera ser de utilidad universal como una norma a la que los hombres han de conformar sus modales, debe tener su autoridad o de la razón o de la revelación⁵⁰.

Precisamente, según Locke, hay historia en esto:

Dios le dio al hombre razón y con ella una ley, que no podía ser de otra

⁴⁸ Locke, John, *La racionalidad del cristianismo*, traducción de Leandro González Puertas, introducción de Cirilo Flores Miguel, Ediciones Paulinas, Madrid, 1977, p. 248.

⁴⁹ Id., p. 228.

⁵⁰ Id., p. 227.

manera que como la razón dictara [...]. Pero, considerando la debilidad del hombre, propenso a incurrir en la corrupción y la miseria, le prometió un Libertador, a quien envió a su tiempo; y luego declaró a toda la humanidad que quienquiera que crea que él es el salvador prometido y le acepte ahora resucitado de entre los muertos y constituido Señor y Juez de todos los hombres para ser su Rey y Soberano, sería salvado. Esta es una proposición esencial e inteligible; el Dios misericordioso parece con esto haber tenido en cuenta a los pobres de este mundo y a la masa de la humanidad. Estos son artículos que el hombre trabajador y analfabeto puede comprender⁵¹.

La razón, entonces, habría buscado esos indicios, sin lograr descifrarlos claramente⁵²:

⁵¹ Id., pp. 248-249.

⁵² Id., p. 235.

Es verdad que hay una ley de la naturaleza; pero ¿quién hay que alguna vez nos la diese o se comprometiese a dárnosla completa como ley, ni más ni menos que lo que comprendía y significaba la obligación de aquella ley? ¿Quién alguna vez descifró todas sus partes, las unió y demostró al mundo su obligación? ¿Dónde había tal código, al que la humanidad pudiese recurrir como regla infalible, antes del tiempo de nuestro Salvador? (id., p. 228).

Pocos iban a las escuelas de los filósofos para ser instruidos acerca de sus deberes y para saber lo que era bueno y lo que era malo en sus acciones. Los sacerdotes vendían más barato y, por lo tanto, tenían toda la clientela. Las ostentaciones y las procesiones eran mucho más fáciles que una conciencia limpia y un curso constante de virtud; y un sacrificio expiatorio, que pagaba su falta, era mucho más conveniente que una vida severa y santa [...]. Las leyes civiles [...] enseñaban y hacían cumplir [...] tanta virtud como era necesaria para sostener a las sociedades y contribuir a la tranquilidad de los gobiernos. Pero estas leyes, siendo en su mayoría hechas por los que no tenían otra meta que su propio poder, no alcanzaban más que aquello que servía para unir a los hombres en la sumisión, o con mucho para contribuir directamente a la prosperidad y felicidad temporal de algún pueblo. Pero la religión natural, en toda su amplitud, no estaba en ningún sitio, que yo sepa cuidada por la fuerza de la razón natural (id., pp. 222-223).

cualquiera que sea la causa, en realidad es claro que la sola razón humana fracasó ante los hombres en su gran y apropiada tarea de la moralidad. Nunca descubrió desde principios indiscutibles por deducciones claras el conjunto de la "ley de la naturaleza"⁵³.

Pero aun fracasando en las primeras edades, tenía la fuerza suficiente para reconocer los signos verdaderos y, de este modo, no podía sino aprobarlos cuando fueron así revelados y considerarse obligada por el descubrimiento⁵⁴.

Recapitulemos: Locke se propone, en el *Ensayo*, examinar el origen de nuestras ideas [respuesta: la experiencia]; qué conocimiento tiene de ellas el entendimiento [respuesta: su conexión o repugnancia], y cómo asentimos o disentimos de ellas [respuesta: a través de las vías intuitiva, demostrativa o sensitiva, y de ellas obtenemos certeza o probabilidad]⁵⁵.

Como sea, el conocimiento resultante es limitado, porque el entendimiento también lo es. Sin embargo, Locke considera que tenemos suficiente como para agradecer a nuestro Creador por la proporción y el grado concedidos en comparación con los otros habitantes del planeta y como para emplearlo *con variedad, deleite y satisfacción*, puesto que los descubrimientos que podemos hacer con él deben ser suficientes para satisfacernos: "la luz que ha sido puesta en nosotros brilla lo suficiente para todos nuestros propósitos"⁵⁶.

El asunto radicará en dedicarse a lo que nos concierne, abandonando pretensiones mayores⁵⁷ en lo que no podemos encontrar

⁵³ Id., p. 224.

⁵⁴ Id., p. 235.

⁵⁵ *Ensayo...*, op. cit., *Introducción*, 3.

⁵⁶ Id., *Introducción*, 5.

⁵⁷ Id., *Introducción* 4; 6.

certezas⁵⁸, contentándonos, en muchos casos, con alcances probables a la realidad. Nos movemos en un mundo que no reflejamos a cabalidad, sino que, en parte, es construido por las condiciones de nuestra misma percepción; así, por ejemplo, en lo que a lo que entendemos por substancias toca.

Como sea, racionalidad es el modo humano de entender (construir) la realidad, racionalidad que es expresión de una cierta estructura humana (la naturaleza humana), que reclama sus propios fueros: no puede aceptar, de este modo, cualquier pretensión explicativa, aun cuando ella reclame vestimentas de revelación divina. Dios -en quien Locke ciertamente cree- nos ha dado unas entendederas tales que demandan respeto por mor de su Creador.

Como es fácil apreciar hay en Locke contraste con la pretensión cartesiana de volvernos como señores de la Naturaleza, pudiendo dar cuenta de casi todo. Y sin embargo, la influencia cartesiana deja su vestigio a lo largo del *Ensayo*: Locke utiliza conceptos cartesianos, así como axiomas empleados por Descartes, litiga tácitamente con éste y recoge también elementos claves del cartesianismo, como la difuminación de la distinción entre substancia y accidentes.

En su posición hay debilidades: limita el conocimiento a las ideas, pero hace afirmaciones que van más allá de estas. Intentando limitar el origen del conocer a la experiencia, excede no obstante las instancias fenoménicas de la misma, aspecto que no pasará por alto Hume.

Por otra parte, el intento de conciliar fe y razón, por parte de Locke, está teñido con elementos de las disputas religiosas de la época, y cuando reclama que no se debe creer aquello que repugna la razón (en el plano físico, por ejemplo) está apuntando según parece a ciertos aspectos del

⁵⁸ Ello aparece como exigencia, las más de las veces: “la conducta de nuestras vidas y el manejo de nuestros asuntos importantes no admite demora: ellos dependen, en la mayor parte, de la determinación de nuestro juicio en puntos en los cuales no somos capaces de certeza y conocimiento demostrativo, y por lo tanto nos es necesario abrazar un lado o el otro (IV, XVI, 3)”.

dogma católico (como la transubstanciación, por ejemplo, dejando de lado el que el carácter probatorio de la prédica cristiana inicial se funda en ese tipo de elementos: en los milagros). Del mismo modo, su rotunda aceptación de la fe no ofrece una explicación racional, salvo quizá lo “razonable” de apreciar una ventaja, como es la posibilidad de superar el castigo heredado de Adán⁵⁹ -esto es, la muerte-, con la resurrección y la vida eterna.

Además, aunque su concepción enfatiza el papel del sujeto en el proceso del conocimiento, en la exposición se plantea como observador objetivo, siendo, en rigor, una de las partes. Así sucede cuando habla de ideas –como realidades mentales- y cosas –como *facta* extramental-; asimismo, al distinguir entre fe y razón, habla de la fe desde la fe, aceptando, por ejemplo, que la naturaleza del hombre lo lleva a acceder por fe o por razón a verdades necesarias. En estos puntos, otros, como Hume, o como los ilustrados franceses, llevarán la consecuencia más lejos, a extremos de los que seguramente Locke no habría participado, pero por los cuales fue igualmente ensalzado como un precursor por quienes así lo reconocieron.

BIBLIOGRAFIA

Locke, John, *An Essay Concerning Human Understanding*, en <http://www.epistemelinks.com/Main/TextName.asp?Philcode=Lock>

——— *Ensayo sobre el entendimiento humano* traducción de Edmundo O’Gorman, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

——— *La racionalidad del cristianismo*, traducción de Leandro González Puertas, introducción de Cirilo Flores Miguel, Ediciones Paulinas, Madrid, 1977.

⁵⁹ Locke, *La Racionalidad del cristianismo*, op.cit., *passim*.